

CRONICA LITERARIA

por ALONE

"LA SAGESSE FRANCAISE". Llamado a dar conferencias sobre literatura francesa en Estados Unidos, el profesor de la Sorbona, M. Fortunat Strowski, eligió como tema la Sabiduría Francesa y como representantes de esta "Sabiduría" a cinco grandes autores de los siglos XVI y XVII: Montaigne, San Francisco de Sales, Descartes, La Rochefoucauld, Pascal.

La simple enumeración de estos nombres muestra, desde luego, la amplitud espiritual y el eclecticismo del ilustre crítico; católico de religión, M. Strowski, no disimula ni impone sus creencias y tampoco ellas le impiden ver con singular ecuanimidad el aporte de cada uno de los grandes hombres, no sólo desde el punto de vista literario, donde la discusión sería casi imposible, sino en el aspecto más delicado de la moral.

Porque a los cinco los considera, sobre todo, en cuanto moralistas y profesores de vida.

De ahí ese título de "Sagesse" que, en lengua francesa, tiene el doble sentido de "prudencia, moderación", y, en segundo término "ciencia o sabiduría".

A juicio de M. Strowski, la "sagesse", constituye uno de los rasgos distintivos y como si dijéramos, usando la terminología de Taine, "la faculté maitresse", de la literatura en Francia. Después de examinar con observaciones rápidas y precisas a cada uno de sus mejores representantes, concluye:

"Si la literatura italiana es la escuela del arte, de la imaginación y de la pasión; si la literatura inglesa es la escuela de la sensibilidad y la poesía; si la literatura alemana lo es del ensueño y la metafísica; la literatura francesa—salvo en la época de la Pléyade y del Romanticismo—ha guardado siempre la preocupación de estudiar a los hombres, de conocerlos, de pintarlos, de explicar los resortes de su conducta, de penetrar en el secreto de sus "condiciones y humores" y de enseñarnos a vivir: es la escuela de "la sagesse".

Síntesis exacta y penetrante que plantea con toda lucidez la cues-

tión y diseña el plan completo de la obra.

Interiormente, el principio que anima su desarrollo está constituido por un fenómeno que pudiéramos llamar de fisiología psicológica o sociológica: el envejecimiento de las doctrinas. Las ideas, como los hombres, tienen su nacimiento, su infancia, su juventud, su madurez y su ancianidad, precursora de la muerte. En este punto M. Strowski razona con toda libertad. Cuando el espíritu humano—dice—ha descubierto o creado lo que cree una verdad, se siente tan orgulloso que no se atreve a tocarla. Atiéndose en adelante, al principio o a la imagen de que se juzga poseedor seguro; evita cuanto podría modificarla; se inquieta si vive demasiado; vivir ¿no es acaso cambiar? Rehúsa someterla a nuevos experimentos; ¡sería una confesión de su impotencia! Y en esto lo ayuda la pereza. Nada más cómodo que una ley general...

Vivas y fecundas en sus comienzos, las disciplinas intelectuales o morales se van poniendo rígidas con el transcurso del tiempo; se les endurecen las arterias y se les mineralizan los músculos; de sosten vivo y flexible, conviértense en pesada armadura metálica y acaban por oprimir el cuerpo que protegían; al sentimiento sucede la fórmula; al impulso interno, la obligación ritual; al entusiasmo del corazón que vivifica, la severidad de la escolástica que mata.

Tal sucedió con el humanismo, al salir de la Edad Media.

En el Renacimiento, explosión de luz abrasó la antigüedad clásica, se vio a Petrarca estudiar dieciséis horas diarias los textos griegos y romanos, perseguir un manuscrito de Virgilio o de Tito Livio como el bien supremo de este mundo, morir con la cabeza inclinada sobre un volumen sabio. Al desarrollarse y crecer, esta tendencia sufrió la suerte de todas las doctrinas humanas: perdió el sentido de la realidad y extremo sus exigencias hasta el absurdo. Quiso seguir espigando en un campo donde ya no quedaban espigas.

Fué entonces cuando apareció Montaigne (1533-1592) y detuvo al espíritu humano en su peligrosa pendiente, salvando lo que ha-

bía que salvar del humanismo para crear los tiempos modernos.

Hombre de infinita erudición nutrido de los antiguos hasta la médula, Montaigne no limitó a los libros su aprendizaje de la vida. Desempeñó cargos públicos, viajó por Italia, sostuvo luchas y conoció a la gente. A los treinta y ocho años, renunció a los negocios y se recluyó en su biblioteca a examinarse, a analizarse, a recordar sus experiencias y a escribir sus pensamientos como le venían, sin sujeción a otro método que el de su gusto. Y como su gusto era excelente, su espíritu despierto y su imaginación la más alegre, simpática y variada del mundo, he aquí que resultaron esos incomparables volúmenes de los Ensayos, en que se habla de todo y de nada; y, al preocuparse intensamente de sí mismo, en su época, en su casa, en su rincón, habló también de todos, en todas las épocas, las casas y los rincones. Todavía nosotros, a tres siglos y medio de distancia, podemos oírle con fruto y con placer.

"Hay que tener mujer, hijos, bienes y, sobre todo, salud, si es posible; pero no hay que apegarse a todo aquello hasta confiarle nuestra felicidad. Preciso es reservarse una trasfuerza enteramente nuestra, independiente, donde establezcamos nuestra verdadera libertad y nuestro retiro solitario. Aquí es donde debemos situar nuestro refugio para conversar con nosotros mismos; para pensar y reír, como si no tuviéramos mujer, ni hijos, ni bienes, sin aparato y sin criados, a fin de que, cuando llegue la ocasión de perderlos, no nos tome de nuevo y podamos prescindir de ellos. La mayor empresa del mundo consiste en saber hacer—nos dueños de nosotros mismos..."

A la sabiduría de Montaigne le faltó no solamente el sello religioso y místico, sino el de las ideas abstractas consagradas: nunca invocó la libertad, la justicia, etc., etc. Era un realista práctico, un hombre entendido y malicioso en las cosas de este mundo; lo demás vendría a su tiempo.

M. Strowski tiene el buen sentido de no reprochárselo: a cada cual lo suyo, y lo que le faltaba a

Montaigne lo tendría. San Francisco de Sales, Montaigne con alas de paloma, jardinero celeste, medio italiano y medio francés—(nació en Savoya en 1567)—cultivador de las virtudes humildes y que puso la luz de una sonrisa en el rostro de la santidad. ¡Cuánta gracia en la austeridad! A veces demasiada gracia; para reprochar el exceso del ingenio y la vanidad que engendra, hace frases demasiado ingeniosas: "La lindeza (jo-

lité) del ingenio — dice — nos infunde a veces grande amor propio; levantamos tanto la nariz del espíritu como la de la cara; ponemos ojos dulces con las palabras no menos que con la mirada. No conviene, en verdad, andar sobre la punta de los pies, ni en espíritu ni en cuerpo, pues, si se tropieza, la caída resulta más áspera..." Un consejo que él no se cuida de seguir, acaso por sentirse asegurado desde arriba.

Gustaba San Francisco repetir el caso de un joven que acudió a un Padre de la Tebaida para consultarle el modo de hacerse luego perfecto. Lo quería a toda costa y rápidamente. El Padre le respondió: —Hijo mío, con toda voluntad os enseñaré el camino de la perfección; pero no os aseguro que seáis tan luego perfecto, porque en esta casa no tenemos perfecciones hechas; y así cada cual debe fabricarse la suya.

Toda su enseñanza está embebida en este sentido de la realidad humana: y ello debe sumarse a la influencia paralela de Montaigne. "Si el sentido de lo real — dice Strowski — hubiera faltado a San Francisco, el mundo nuevo hubiera tomado el aspecto del mundo antiguo; el santo o el sabio, hoscamente impropio a la vida, habría huido a las Tebaidas. Y el bello tipo humano y accesible de la santidad cristiana, habría saltado en la "sociedad moderna".

No se puede ensalzar más, con más justeza y justicia, el papel de esta abeja ática del cristianismo.

Montaigne muestra la intervención de un moralista francés en la crisis del humanismo; San Francisco de Sales hace actuar el mismo espíritu en una crisis análoga del sentimiento religioso; con Descartes asistimos a una crisis

semejante de la moral contra la ciencia y al triunfo del genio liberal de Francia.

Porque la Ciencia, tanto como la Religión, tiende pronto a crear una imagen abstracta, sistemática y falsa del hombre; y también tiene su vejez con endurecimiento sclerótico.

Una Princesa, la hija del Elector Palatino Federico V, sobrina de Carlos I de Inglaterra, obligó a Descartes (1596) a formular en seis cartas de contestación a unas consultas, un tratado de moral práctica, fundado en la realidad de la observación humana, no en los principios rígidos y casi maquinales de su sistema. Una Reina, Cristina de Suecia, le impidió completarlo y lo hizo morir, después de haber escrito: — última producción del filósofo que fundó el racionalismo moderno! — unos "ballets"...

Entre los dos postreros representantes de la sabiduría moral francesa hay la misma analogía y la misma diferencia que entre Montaigne y San Francisco de Sales: porque si el duque de La Rochefoucauld no ve en el alma humana sino la debilidad, el pequeño egoísmo y la miseria, Pascal, junto a esa miseria, divisa el otro abismo, el de su grandeza de origen divino.

El preciosismo literario cultivado en los salones aristocráticos del siglo XVII, especialmente en el Hotel de la Marquesa de Rambouillet, fabricó una imagen artificial del hombre, adornándola con toda clase de virtudes y heroísmos y dándole por única preocupación el amor. Los pastores y las pastoras de la Astrea cifran toda su felicidad y toda su gloria en ser los amantes perfectos. San Francisco de Sales azucaró un poco la existencia; los preciosos y las preciosas la sumergieron en un río de miel. Pero las pocas gotas de sangre que el autor de las Máximas dejó caer en esa mezcla relajante, llevaban tal concentración que hasta ahora producen su efecto. Y de cuando en cuando reconforta leer a La Rochefoucauld; sirve para "ponerse a tono" con la realidad humana, para curarse de ilusiones, para afrontar las cosas con los ojos abiertos y con valor y no ser "ni un tonto demasiado alegre ni un escéptico demasiado triste".

Esto trajo el altanero duque en su breve librito.

Pascal (1623-1662) agregó algo que no tenían ni Montaigne, ni San Francisco de Sales, ni Descartes, ni La Rochefoucauld: la pasión trágica, la conjunción de "los dos infinitos" y su choque de donde brota el rayo. Alma violenta y terrible, Pascal quería llegar a los extremos de todo y el mundo le venía estrecho; su inteligencia pulverizaba los obstáculos, y al fin se abatió a los pies de la Cruz, cegándose los ojos y golpeando el suelo con la frente, sin paz. Es el único moralista que se sale del molde francés; porque no hay molde alguno que le convenga. Está siempre "entre los dos abismos", y de ningún lado se puede mirar su figura con tranquilidad; inquieta igualmente a los creyentes y a los escépticos y no encuentra en ninguna parte su gemelo. Sus últimas palabras fueron: ¡Que Dios no me abandone!

M. Strowski tiene el buen gusto de no "apropiárselo" demasiado y respetar la integridad dramática de su genio solitario.

Centro geográfico y espiritual de Europa, Francia constituye el punto de reunión de la humanidad, el salón donde se conversa de todo en la mejor compañía del mundo. Las fuentes pueden estar en otros países; allí es donde las aguas se juntan y amansan, donde se hacen limpidas para reflejar las cosas con claridad.

Ante su auditorio norteamericano, Mr. Fortunat Strowski, fiel discípulo de grandes maestros, sintetizó esta vieja idea en una comparación de carácter industrial, muy exacta y no desprovista de belleza.

El genio francés—dijo—se parece a los aparatos que transforman la electricidad. Sobre altos pilares donde inscripciones terribles advierten que hay peligro para la vida y que los ingenieros rodean de alambres protectores con puntas agudas, sobre esos inaccesibles postes de hierro están suspendidos hilos, cuyo menor contacto bastaría para fulminar a toda una población. Pero en pequeñas casitas, a veces muy coquetas, máquinas ingeniosas transforman la energía mortal y la hacen flexible y fácil de ser utilizada. El genio humano, investigador de la filosofía, levanta pilares y hace circular entre sus cumbres ideas absolutas, cuya realización tendría por primer resultado destruir irrevocablemente

al género humano. El genio francés instala sus transformadores y gracias a los Ensayos de Montaigne y a los Pensamientos de Pascal, gracias a las comedias de Molière, gracias a Voltaire y a Pascal, a muchos otros, las ideas radicales se convierten en realidades bienhechoras y accesibles.

El mismo es un ejemplo.

"REVISTA DE EL DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN PÚBLICA." del Ministerio de Educación Pública.

bajo la dirección de Armando D. noso, ha confiado a don Carlos Humeres Solar, como Director, don Tomás Lago, como Secretario de Redacción, la empresa de publicar una gran revista absolutamente de primer orden; y por el primer número, que acaba de aparecer, parece que no está lejos de conseguirlo.

Desde los tiempos de "Selecta" no veíamos una publicación de esta índole, editada con tal lujo de materiales, empezando por el papel y terminando por las ilustraciones y los detalles del trabajo tipográfico.

Las colaboraciones revelan no sólo riqueza, sino amplitud de criterio y deseo de abarcar todas las manifestaciones artísticas importantes. Hay artículos sobre pintura, escultura, literatura y música, firmados por Ismael Boris Grigorieff, Carlos Humeres (Goya), Rojas Giménez (arquitectura americana), Tomás Lago (la nueva tradición del mueble), Humberto Allende (música araucana), Armando Carvajal, Jacobo Nazaré, Pablo Vidor, Angel Cruchaga, Alberto Rojas, etc., etc.

Al fin viene una sección de noticias generales sobre actualidad artística, cuya lectura basta para mantener al lector al tanto de las principales novedades nacionales y extranjeras en materia de arte.

Hacia falta esta revista; ya no tendremos tanta necesidad de acudir a publicaciones europeas, ni tanto motivo para envidiar las que se editan en Buenos Aires.

Es una buena y legítima obra de nacionalismo bien comprendido.

Alone